

americano, expeliendo ó destruyendo á los americanos, á quienes siempre han mirado como extraños en su propio país? ¿El pueblo que se llamará americano é independiente, tendrá el primero de estos nombres porque guarde con aprecio y honor en sus venas la sangre americana, ó es solo un pueblo advenedizo y extranjero que ha invadido terrenos americanos? Estas cuestiones propias de la independencia de los pueblos americanos, son de altísima importancia, y todos los verdaderos amigos de la humanidad deben fijar en ellas la vista de toda preferencia, y nunca olvidarlas, mucho menos cuando se trata de decidir sobre la causa del Catolicismo y del protestantismo en lo relativo á los grandes intereses del hombre.

Como haya respondido á estas cuestiones la voz elocuente de los hechos en México y en los Estados-Unidos, lo sabe el mundo entero. ¿Qué vemos en México? Un pueblo que en su origen, en su sangre, en el mismo color de los suyos está manifestando que es verdadera y propiamente pueblo americano, siendo naturales de la América la mayor parte de los que lo componen y habiendo realizado en sí la union fraternal de los americanos con los europeos, cuya idea bellísima y eminentemente cristiana es anunciada al mundo siempre que en los grandes días de la patria se ve ondear en los edificios públicos nuestro hermoso pabellon nacional. Luego la independencia de México ha sido una verdadera y propiamente dicha independencia americana; y los héroes que la realizaron, dieron libertad á los verdaderos americanos. Ahora: ¿qué nos presentan los Estados-Unidos? Un pueblo de extranjeros, un pueblo de blancos europeos que en su origen, en su sangre y aun en su color están diciendo al mundo que nada tienen de comun con el hijo del continente. Ya lo hemos hecho observar repetidas veces: la que allí se llamó independencia americana, no fué en realidad sino la emancipacion de unos europeos que habian invadido las tierras americanas, expeliendo de ellas y tambien destruyendo á los verdaderos americanos, apropiándose hasta su nombre y sacudiendo entonces el yugo de los otros europeos que se habian quedado al otro lado del Atlántico; y los que en los Estados Unidos se llamaron libertadores de la América, esos hombres con quienes á juicio del Sr. Gómez Portugal, tal vez solo por un *excesivo orgullo* nos atreveríamos á comparar á nuestros héroes, no fueron sino unos *libertadores de extranjeros*. Este es uno de los hechos mas salientes y al mismo tiempo mas incontestables de la historia del nuevo mundo.

Por lo mismo: si el Sr. Gómez Portugal es de opinion de que el presentar á nuestros héroes como émulos de los del Norte, acaso no puede tener otra causa sino un exceso de orgullo nacional, nosotros estamos intimamente convencidos de que la razon y la justicia nos exigen mirarlos como superiores, cuando atendemos á los servicios que han prestado, á los grandes intereses de la humanidad. No nos importa aquí investigar si Washington podrá tener competidores, atendida su historia en el *pueblo de extranjeros*, en el *pueblo de blancos europeos* que fué su patria y que el emancipó del dominio de la Inglaterra; ni insistiremos mas en el importantísimo auxilio francés, sin el cual nada habria conseguido el héroe que de una manera tan insinuante se nos presenta como mas esclarecido que los que entre nosotros lo hi-

cieron todo por sus propios esfuerzos. En nada de esto insistiremos, porque debemos elevarnos á consideraciones mas altas.

El que ordenaba la devastacion de los pueblos americanos; el que fué conocido entre los naturales americanos con el nombre de *exterminador de los pueblos*; aquel á quien se le demostró por los mismos americanos en representaciones llenas de dignidad y de energia que la nacion que llamaba su patria y á la que daba con orgullo el nombre de americana no era en la América sino un pueblo usurpador; el que trató siempre con los verdaderos americanos como con pueblos extraños, y el que al establecer entre ellos á un pueblo independiente de puros extranjeros, no hizo otra cosa sino dejarles en casa á un enemigo formidable que obrando ya libremente y sin trabas de ninguna especie, iria dilatando juntamente con sus dominios el exterminio de los hijos de la América; este héroe y los demas de su género, ¿podrán en razon y en justicia, no ya sobreponerse, pero ni aun siquiera compararse con los que entre nosotros derramaron su sangre por dar patria, honor y gloria, no á extranjeros advenedizos, usurpadores y destructores, como se hizo en el Norte, sino á los mismos hijos del continente, y de entre los europeos solamente á aquellos que consintieran en vivir con ellos hermanablemente y respetando sus derechos? Hacer estas comparaciones sería la mayor injusticia. Ya que no por merecer el nombre de mexicanos celosos de nuestras glorias, siquiera porque no se nos niegue el título de hombres rectos é integros, no desconozcamos nuestro honor; no rebajemos á nuestros hombres ni á nuestra patria.

Lo que hemos dicho en este artículo, de ninguna manera argulle que llevemos á mal el que los europeos vinieran al nuevo mundo y participaran de sus riquezas: no; porque estamos convencidos de que el descubrimiento de Colon importaba una comunicacion de los dos mundos, y que su grande importancia consistió en presentar el único medio posible para que entrara en sociedad con el resto del género humano la parte de este mismo linage que poblaba estas tierras desconocidas. Lo que constantemente hemos inculcado es que este bello resultado solo podia esperarse del Catolicismo, que tomó por su cuenta á los pobladores del mundo recientemente descubierto, enviando á sus sacerdotes á enseñarlos, á civilizarlos, á defenderlos contra la ambicion y la codicia de los europeos que se excitarían tan vehementemente, á dar la ley á estos y á obligarlos á respetar á aquellos, hasta conseguir que los unos y los otros vinieran á refundirse en una sola sociedad; cuyo interesante resultado vemos realizado en nuestra católica patria. Hemos dicho tambien constantemente que el protestantismo no ha visto en la América sino una rica presa de que debian aprovecharse sus secuaces, sin tener en cuenta para nada los derechos ni aun la existencia de los hombres que la poblaban; y que por esto el protestantismo con su decantada civilizacion no ha hecho ni puede hacer otra cosa sino dejar que se precipiten sobre la infeliz América mas y mas europeos atraídos por el amor del oro, á repartirse solos las tierras americanas, á gozar solos las riquezas americanas, á formar pueblos exclusivamente extranjeros para quienes el nativo americano sea no solo un extraño, sino un proscrito en su propio país usurpado ya por puros extranjeros, como

siempre se ha observado y se observa todavía en la nación protestante del Norte. Esto es lo que reprobamos y lo que siempre reprobaremos, sin que nada sea capaz de hacernos adular á los que nos presentan en sus manos las riquezas y la sangre de tantos millones de inocentes que vinieron á despojar y á asesinar. Nos parece que somos bastante explícitos.

Lo que acabamos de decir tiene íntima relación con la contestación que preparamos á los dos últimos párrafos del artículo del Sr. Gómez Portugal. Por fin, á fuerza de llamarle la atención sobre el absoluto silencio que guardaba respecto de la suerte de los indios en los Estados Unidos, y después de haberle manifestado con la claridad y energía que nos fué posible, los tremendos cargos á que daría lugar con su silencio, se resolvió á abrir algún tanto los labios para decirnos "que lamenta la desgracia de las *tribus nómadas* (1) que poblaban la tierra *ocupada* después por las colonias inglesas." Pero apenas el Sr. Gómez Portugal ha dicho que lamenta la suerte de los indios del Norte, cuando empieza á disculpar en cierto modo á los que los han exterminado, equiparando este exterminio con los desastres que sucedieron en las guerras de los españoles y con los de las guerras que precedieron al Cristianismo etc.; por lo cual dice, que "lanzando un grito de horror, doblamos silenciosamente las páginas de la historia que nos han dado á conocer estos y otros excesos, para meditar religiosamente sobre los sangrientos promontorios de esas hecatombes, y concluimos por querernos persuadir de que la civilización acaso tenga también sus iras, y que esas iras puedan ser tal vez elementos de progreso y que el progreso debe sin duda creer en Dios. En lo último si creemos; (añade) en lo primero..... QUIÉN SABE." Y poco antes confiesa su impotencia para explicar ese fenómeno que presenta la civilización en cada uno de sus avances, (el fenómeno de las iras) ora lleve por guía á la cruz, ora á la conciencia y á la inteligencia de los pueblos.

No estamos de acuerdo con el Sr. Gomez Portugal en doblar las páginas de la historia por mas que nos refieran escenas que hagan estremecer; ni tampoco participamos de sus tetricos y casi desesperantes pensamientos de creer en *las iras* de la civilización que se explican en cada uno de sus avances, y de las cuales podrá resultar el progreso. No debemos cerrar el gran libro de la historia, porque por mas que sus lecciones algunas veces sean terribles, jamas dejarán de ser útiles. ¿Cuándo deberá estar mas patente á los ojos de todos nosotros el libro de la historia americana que cuando se explica en nuestro gobierno la tendencia de traernos el protestantismo? Ahora mas que nunca nos interesa saber quien es el verdadero civilizador de la América, si el Catolicismo que nosotros profesamos, ó el protestantismo que vino á ocupar el Norte. ¿Y quien habrá de decidir la cuestion, sino la historia con sus lecciones severas? Tengámosla pues siempre abierta; escuchemos su voz, y meditemos en lo que nos dice con toda la seriedad que exige la mas grave de las cuestiones que pueden interesar á nuestra patria: Di-

(1) Nosotros demostramos que el exterminio de los indios en el Norte no ha perdonado ni aun á los que empezaban á civilizarse. (Véanse nuestros *Estudios sobre la civilización protestante en la América* en el tomo 1.º de nuestro periódico.)

jimos también que no participamos de los tetricos pensamientos del Sr. Gomez Portugal; porque no creemos *las iras* de la verdadera civilización; antes bien, estamos convencidos de que donde quiera que ella se presenta va derramando bienes, especialmente entre los miserables; porque la verdadera civilización es hija del Cristianismo, y el Cristianismo es la Religion del amor.

Diremos pues, para concluir, que cuando se descubrió el nuevo mundo, se explicaron en el antiguo dos movimientos diametralmente opuestos: el uno era de ambición y de codicia, por el cual los europeos pretendían precipitarse sobre las nuevas tierras como sobre una rica presa y formar en ellas una mansión deliciosa para sí solos, teniendo en *cero* á los hombres que las poblaban; y el otro movimiento era de caridad hacia estos mismos hombres desgraciados que condenaban á la muerte la ambición y la codicia, y á quienes era preciso ganar para Dios y para la civilización: el primero de estos movimientos era el de la corrupción humana y él era esencialmente bárbaro, inhumano, devastador y origen de todas *las iras* que aterraron al Sr. Gomez Portugal; el segundo movimiento era el de la Religion, y él era esencialmente benéfico y civilizador, lleno de amor y sin mezcla ninguna de la *ira* aterradora: el primero de estos movimientos debía explicarse naturalmente en todos los puntos de la América que ocuparan los europeos, puesto que no venían despojados de sus pasiones; el segundo solo se podría observar en los puntos donde penetrara la única Religion que civiliza al mundo.

Aquí tenemos compareciendo ante el tribunal del buen sentido al Catolicismo y al protestantismo. Diga el Sr. Gomez Portugal quien de los dos hizo frente á las pasiones europeas, y quien les dió rienda suelta para que campearan á sus anchuras; quien de los dos acogió con paternal amor á los hijos de la América y los defendió con energía de cuantos pretendieron oprimirlos, y quien por el contrario los abandonó indefensos en las garras de todos los codiciosos y aventureros. Esta es la gran cuestion entre el Catolicismo y el protestantismo en la América, que la historia ha decidido en favor del primero. Contunde las cosas el Sr. Gomez Portugal cuando dice que la civilización es iracunda en cada uno de sus avances, aun cuando lleve por guía á la Cruz; porque la civilización cristiana no vino á la América en los cañones de Cortés, sino que venia representada en el tosco sayal del pobre religioso y en las imágenes del Redentor y de la amorosa Madre de Dios y de los hombres que presentaba á los pequeñuelos, y á cuyo nombre se les ofrecía por padre y protector. ¿Dónde están aquí las iras, dónde el horror desesperante? Presentemos el protestantismo en ese su pueblo *modelo de cultura* que se creeria infamado si en las venas de sus *esclarecidos ciudadanos* circulara una sola gota de la sangre americana; presentemos, decimos, algo parecido á los heroicos esfuerzos de la caridad en favor de los hijos de la América de que están llenas las páginas de la historia del Catolicismo en el nuevo continente, y entonces le concederemos un asiento al lado del Catolicismo para que participe de sus glorias. Pero no: el protestantismo, en la parte de la América en que ha logrado prevalecer, no nos muestra otra cosa sino la invasión, la usurpación, la devastación y la muerte de

los infelices americanos, *las iras* desesperantes que por último han venido á llenar de horror á su mismo panegirista el Sr. Gomez Portugal; no ha sabido civilizar á la América sino destruyendo y sustituyendo; donde él domina, desaparece el hombre americano para que venga á gozar el europeo; no sabe criar en la América sino pueblos extranjeros que se asientan en un suelo enrojecido con la sangre americana, y que al mismo tiempo que pretenden llamarse americanos por antonomasia, se glorian de no tener en sus venas sangre de la América y de no presentar en sus rostros ni un ligero tinte del color americano. Esta es la civilizacion protestante: los sentimientos de humanidad de que al fin no puede despojarse el corazón, han obligado al Sr. Gomez Portugal á horrorizarse de ella; pero la razon y la justicia y hasta su propio honor le exigen que la proscriba y la condene.

Presb., Agustin de la Rosa.

LA LEY DEL SORTEO Y LOS ESTUDIANTES.

Dice el "Noticioso" de Veracruz del 6 de Enero. "No hace todavía un mes que hablamos sobre la nueva ley de sorteo y enumerando sus ventajas indicábamos de paso lo conveniente que sería exceptuar á los jóvenes que teniendo la edad requerida para el servicio de las armas siguen una carrera científica, literaria ó artística.

"Entonces creíamos, como ahora, que ese pensamiento merecía bien llamar la atención del gobierno y nos figurábamos que los colegas de la capital y de los departamentos nos secundarian apoyando nuestras ideas á este respecto. Pero hasta el momento en que escribimos estas líneas todo indica que las observaciones que hicimos no han sido atendidas por el gobierno; y en cuanto á los órganos de la prensa, soamente la "Orquesta" dijo algo en favor de la idea que emitimos.

"Que los estudiantes sean exceptuados del servicio de las armas nos parece una cosa tan indispensable, que á la verdad extrañamos sobremanera no haber sido precedidos ó al menos seguidos por nuestros colegas al indicar al gobierno que debía decretarse su excepcion. Siendo el principal objeto de los periódicos ilustrar debidamente la opinion de los gobernantes y gobernados, muy natural parece que al tratarse de un asunto de general importancia emitan sobre él sus ideas y procuren que la ley, salvaguardia de los intereses de todos, llene los requisitos necesarios para que sea obedecida sin repugnan-

cia y no cause la desventura de familias enteras cerrando las puertas del porvenir á los que son tal vez su única esperanza.

"Nuestros colegas han pensado acaso que sucedería con la ley del sorteo lo que con la mayor parte de las que se han promulgado en el país y que á poco tiempo de expedidas, y algunas desde el momento de su publicacion, no son mas que un escrito sin consecuencia, letra muerta de que nadie vuelve á hacer caso; y en esta inteligencia han creído inútil perder su tiempo y su trabajo en proponer modificaciones a un decreto que no ha de llevarse á cabo.

"No estamos nosotros en la misma creencia, y por consiguiente insistimos en tratar de demostrar al gobierno los males incalculables que para los estudiantes trae consigo el decreto de que hablamos y lo conveniente y justo que sería exceptuarlos mientras concluyen sus estudios.

"La mayor parte de los jóvenes que estudian en los colegios nacionales pertenecen á familias muy pobres que á costa de sacrificios y privaciones, y sujetándose algunas á vivir en la mayor miseria, pueden pagar la colegiatura y hacer los demas gastos indispensables para llevar á buen fin el objeto que se proponen de que sus hijos tengan una profesion independiente y puedan con el tiempo bastarse á sí mismos, corresponder debidamente á su familia sus desvelos, y lo que no tiene nada de raro y se ve en nuestro país con demasiada frecuencia, lograr ilustrar su nombre y dar honor y orgullo á su patria.

"La mas que escasa fortuna de estos no les permite, si les toca en suerte un mal número, hacer el desembolso de cuatrocientos pesos, cantidad indispensable lo mismo para el rico que posee millones que para el pobre que no tiene un centavo, para comprar un reemplazo; tomarán, por consiguiente, las armas, interrumpiendo los estudios que los habrian hecho con el tiempo útiles á su familia á la sociedad: harán su servicio de soldados durante el tiempo que señala la ley, y llegado el término de su empeño, si no han sido inutilizados ó muertos en campaña, volverán al seno de su familia acostumbrados á la ociosidad de los cuarteles y de los campamentos, llenos tal vez de los vicios que allí indispensablemente se adquieren, olvidados de todo lo que aprendieron en el colegio, sin aficion alguna á los estudios, sin inclinacion ni deseos de ocuparse en cualquiera profesion que les proporcione una honesta subsistencia, y perdidos, en fin, para la sociedad y para su familia.

"Los estudiantes que pertenecen á familias ricas, que son los menos, serán exceptuados de hecho puesto que pueden pagar los cuatrocientos pesos del reemplazo, continuarán sus estudios, llegarán con el tiempo al fin de su carrera, y grandes médicos ó eminentes jurisconsultos, apenas reconocerán en algunos de tantos hombres de fisonomía embrutecida por la costumbre de la embriaguez, á un antiguo condiscípulo que en el colegio comprendía acaso y daba mejor que ellos sus cátedras, y á quien todos aseguraban un porvenir grande y risueño que la ley del sorteo y su mala suerte vinieron á cambiar de una manera tan triste y tan completa.

"Este cuadro que quisiéramos fuese exagerado, basta para poner de manifiesto los inconvenientes gravísimos que hay para la no excepcion de los

estudiantes y los incalculables males que pueden resultarle á la sociedad y á la familia de que ellos entren en el sorteo.

“Una vez concluida su carrera, hombres ya formados y contando con sus recursos propios, llegada la vez de prestar sus servicios á la patria como soldados, si no pueden proporcionarse un reemplazo tomarán las armas; pero el honor de su carrera, las nobles miras que tiene generalmente un hombre que ha concluido sus estudios y que se considera capaz de grandes cosas, al mismo tiempo que le harán cumplir con sus deberes de militar pundonoroso, le impedirán en cuanto sea posible contraer ciertas costumbres y ciertos vicios que, lo repetimos, no pueden menos de contraerse en los cuarteles y en los campamentos.

“Que se reflexione un poco sobre lo que acabamos de exponer rápidamente en las anteriores líneas, y se comprenderán fácilmente los graves motivos que hacen indispensable la excepcion de los estudiantes del servicio de las armas. No tenemos la pretension de enmendar las superiores disposiciones, ni mucho menos queremos criticarlas, pero creemos cumplir con nuestro deber señalando sus inconvenientes, y nos consideramos felices si nuestras observaciones pueden influir en el ánimo del gobierno para que se haga en la ley de sorteo la reforma que hemos indicado acerca de los estudiantes, y la de que otra vez hablamos tocante á la desigualdad del precio de los reemplazos atendida la diferencia de fortunas de los ciudadanos aptos para el servicio.”

Creemos que el “Noticioso” tiene justicia; nosotros ya hemos manifestado nuestra opinion sobre la necesidad de exceptuar á los estudiantes del servicio militar. Esperamos que nos atienda la autoridad.

REVISTA.

CAMBIO DE PERIÓDICOS.—Han pasado algunos correos desde que no recibimos «El Cronista»: últimamente nos han faltado «El Calavera» y la «Era Nueva.» Lo ponemos en conocimiento de las respectivas redacciones.

POLICIA.—Excitamos á la autoridad para que dé las órdenes convenientes, á fin de que desaparezca la inmundicia de puntos tan centrales en Guadalajara, como la calle de la espalda del Clerical, la del costado Norte del Seminario, etc.

BELLO RASGO DE CIVILIZACION NORTE-AMERICANA.—Bajo el título de *Negros y Blancos* dice “La Sociedad” de 7 del corriente:

“Escriben de Nueva-Orleans á la Habana con fecha 17 de Diciembre:
“Acaba de ocurrir en el condado de Carroll un suceso que haría honor á los habitantes de Hotentocia. Habianse reunido, segun nos refiere el *Chro-*

nicle de Kosciusko, varios manumisos en una casa cercana á Shongalo, con objeto de dar bailes y de consumir unos cuantos azumbres de *whiskey* en honor de sus libertadores. Aconteció que en una de las soirées que en dicha casa tuvo efecto, sobrevino una pendencia, salieron á relucir pistolas, y de una de estas se escapó un tiro que asustó mucho á una señora llamada Mrs. Young, vecina de los contendientes. Informados los amigos de esta última de que aquellos pensaban continuar sus fiestas, les pasaron aviso de que en caso de efectuarlo se les daría bonitamente humaso, ni mas ni menos que si fuesen bestias feroces á quienes importaba ahuyentar de su caverna. Los desdichados libertos no tuvieron en cuenta la amenaza, y en lo mejor del baile vieron la sala invadida por un mar de llamas. Naturalmente trataron de escapar; pero aquí fué donde se probó al mundo á cuánto alcanza la prevision de los amigos de una señora mississippiense. Los de Mrs. Young, armados hasta los dientes, se habian apoderado de la puerta para impedir la salida. Los infelices que con tanto regocijo se divertian minutos antes, lograron atropellar á sus mas feroces perseguidores, y refugiarse en la iglesia metodista. También á esta se le puso fuego.—El resultado fué que cinco personas perecieron entre las llamas.

“He copiado casi letra á letra el relato de la *Chronicle*, y apenas puedo creer que en este siglo y en este país seamos testigos de escenas semejantes.”

El Sr. Gomez Portugal que tanto escribe en “La Libertad de México” encomiando la civilizacion del Norte, sin duda meditará como es debido esta clase de hechos que tienen lugar en medio del pueblo *modelo* de libertad y de cultura.

INMIGRACION.—Contestando el *Noticioso* de 9 de Enero á la *Era*, emite las siguientes ideas sobre la inmigracion de extranjeros: “A los extranjeros que nos traen su industria, sus adelantos y su ilustracion los hemos recibido y los continuaremos recibiendo siempre con los brazos abiertos; á los que inmediatamente que desembarcan en nuestros puertos se convierten en enemigos de México y se complacen como la «Nueva Era» en denigrar todo lo que es mexicano por solo el hecho de serlo, no podemos verlos con buenos ojos ni considerarlos como nuestros amigos y hermanos.

“Si en la inmigracion ha de predominar el primer elemento, venga enhorabuena; aquí están nuestras tierras vírgenes que pueden explotar, nuestro cielo claro y sereno, nuestra eterna primavera de que pueden disfrutar aceptando la cordial y franca hospitalidad con que los mexicanos han brindado y acogido siempre á los extranjeros de cualquiera nacionalidad que sean. Pero si han de seguir el ejemplo de la «Nueva Era» y de otros como ella, harán mejor en no venir á México, pues que si no obstante su enemistad encuentran las puertas abiertas, hallarán los brazos y los corazones cerrados.

“Nos parece que no podemos ser mas explicitos en la expresion de nuestro pensamiento á este respecto, y creemos que el que de esa manera lo emitamos no desagradará á las personas de buena fé y de corazon que comprendan lo que es el sentimiento nacional.”

Esto nos confirma lo que dijimos hace pocos dias, que á pesar de las

diversas opiniones sobre la inmigracion, hay en los mexicanos un punto de conformidad. Por nuestra parte creemos que no solo no hay fundamento ninguno para esperar que la inmigracion, como se procura, no nos traiga por millares á los extranjeros parecidos á los que hasta ahora nos han despreciado é insultado, ó tal vez á otros peores; sino que al contrario, juzgando por lo que ha pasado hasta ahora, no podemos creer que venga á hacer otra cosa esa nueva sociedad de extranjeros, sino á insultar á la que llamará con la *Estafeta* "reunion incoherente de gentes de razas, castas y colores á que no se podia llamar ni república ni reino." Por esto resistimos á los actuales proyectos de inmigracion.

LA SITUACION.—La conclusion del año de 1865 ha dado motivo para que los periódicos de la capital se ocuparan de los medios de mejorar la situacion en el presente año para que sea mas feliz para México y para su gobierno. La *Estafeta* cree que el estado de las cosas al terminar el año anterior, provino de no haberse aplicado á la gangrena el único remedio de los cáusticos y el acero, es decir, de la matanza de mexicanos, y atribuye la falta de accion del gobierno al carácter de las personas que lo han rodeado. La *Sociedad* (de 6 de Enero) contesta que el mal no ha estado en las personas, sino en la política que se ha adoptado y que se halla en oposicion tanto con las necesidades, como tambien con la voluntad de la nacion expresada constantemente en las actas de adhesion al Imperio; dice que admitida tal política, las personas solo figuran de un modo secundario, y ademas, que era imposible que el gobierno se acercara otra clase de personas distinta de la que tanto disgusta á la *Estafeta*; y concluye de esta manera:

"Escusado es decir que en nuestro concepto, el remedio de tal situacion no estriba en cáusticos ni operaciones quirúrgicas, sino en ajustar la marcha de las cosas públicas á los votos expresados por la nacion en las actas en que proclamó la Intervencion y el Imperio. *El restablecimiento de la armonía que debe haber entre las leyes civiles y la conciencia individual en un pueblo católico*; la estricta práctica de la justicia; la actividad y la energía en amparar contra la violencia y la rapiña á los individuos y las localidades; *el desarrollo de los elementos nacionales con preferencia á la trasfusion de los extraños*; la concision, la claridad y el espíritu práctico en la promulgacion de las leyes ajustadas á las necesidades del país y no á las legislaciones extranjeras; la organizacion de un ejército propio suficiente; la formacion de presupuestos y la adopcion de economías que hicieran de nuestro gobierno monárquico por su energía y libertad de accion para el bien, un gobierno republicano por su sencillez y poco costo, restablecerian la confianza pública en las nuevas instituciones, irian produciendo lenta, pero seguramente, la union y la confianza de que se carece y á que no guía la senda hoy recorrida; y sobre todo, darian desde luego por resultado la cooperacion activa y eficaz de la generalidad de los ciudadanos, de la nacion en masa, á la accion del gobierno. Ante la consecucion de estos bienes, ¿qué importarían el antiguo color político, ni las simpatías ó antipatías personales de los funcionarios públicos."



LAS MISIONES

Y LA

CIVILIZACION DE LOS INDIOS

BARBAROS.

Una de las cosas en que constantemente hemos insistido, llamando sobre ella la atencion, tanto de las autoridades como de toda la sociedad mexicana, que se honra de ser ilustrada y cristiana, ha sido la necesidad urgentísima de procurar la civilizacion de todos los salvajes que se encuentran todavía en nuestro territorio por el único medio por que es posible obtenerla, que es el de arreglar y llevar á efecto un vasto sistema de misiones, por el cual, difundiendo entre ellos la luz del Evangelio, vean disiparse las tinieblas de su ignorancia; sientan domarse sus bárbaros instintos y se encuentren reducidos de una manera igualmente suave y eficaz á la vida cristiana y civil.

Aunque varias veces nos hemos ocupado de estas cosas, sin embargo, como hasta ahora nada hemos conseguido á pesar de ser tan obvias las razones que exigen que se miren las misiones como un asunto de toda preferen-